

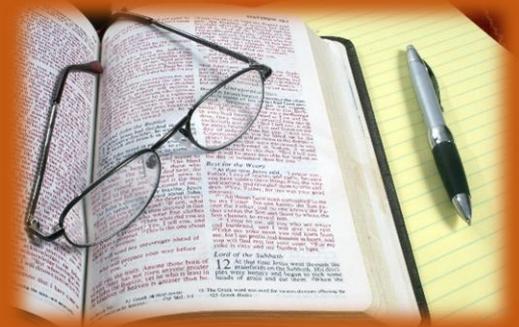


Hermenéutica I

Principios de interpretación

Cuarta unidad

Lección 9



Ministerios Didaskalia
Derechos reservados
2020

Lección 9

PASAJES PARALELOS

No siempre el contexto aporta luz para la mejor comprensión de un texto. Puede suceder que éste se encuentre aislado, sin conexión con lo que le antecede o le sigue. Es lo que vemos en la mayor parte de los textos de Proverbios, pues con la excepción de algunas secciones cuyo contenido gira en torno a temas concretos (las malas compañías, 1:10-19; la vida de piedad, 3:1-12; la sabiduría, 3:13-4:27; 8:1-9:18; las exhortaciones contra la impureza, 5:1-23; 6:20-7:27; la amonestación al rey, 31:2-9; y el elogio de la mujer virtuosa, 31:10-31), el resto del libro está compuesto de máximas y sentencias discontinuas.

Algo análogo acontece con determinadas porciones de Eclesiastés y del Cantar de los Cantares. En el resto de las Escrituras, aunque con menos frecuencia, también hallamos pasajes inconexos. En tales casos, es inútil trabajar en el contexto. La ayuda hemos de buscarla en los pasajes paralelos, es decir aquellos que en otros lugares de la Biblia se refieren al mismo hecho histórico, a la misma doctrina o a una enseñanza, exhortación o tema semejante.

En estos pasajes paralelos generalmente hallamos ayuda no sólo para entender mejor el texto que tratamos de interpretar, sino también para obtener una perspectiva más amplia tanto de su significado como de sus aplicaciones.

Sírvanos de ilustración el texto de Lucas 14:26, que ya comentamos al ocuparnos del uso de modismos. Entonces vimos el significado del verbo «aborrecer» a la luz del usus loquendi. Pero el pasaje de Mateo 10:37 deja perfectamente clara la cuestión: «el que ama padre o madre más que a mí no es digno de mí». Así, pues, «aborrecer» en el texto de Lucas equivale a amar menos, con la consecuencia lógica de que si la familia es hostil a Cristo (véase el contexto de Mateo 10:34-39), el discípulo de Jesús ha de optar por la lealtad a su Maestro, aun si en casos extremos ello significa la ruptura de la comunión familiar.

Los paralelos pueden ser verbales y conceptuales. Son verbales cuando en ellos se encuentra la misma palabra o frase que en el texto con un sentido idóneo o semejante. De no ser así, el paralelo es aparente, no real, y en vez de sernos de orientación, más bien puede confundirnos. Si estudiamos, por ejemplo, el texto de Efesios 2:8: («Por gracia sois salvos, por medio de la fe»), en el análisis semántico de la palabra «fe» sería un mal paralelo Judas 3, donde leemos de la fe que ha sido transmitida a los santos de una vez por todas.

Obviamente, el significado de la «fe» es diferente en ambos pasajes. En el primero, se refiere a la confianza del creyente en Cristo que le une a Él de modo vital para la salvación; en el segundo, indica el cuerpo de verdades reveladas y contenidas en el Evangelio.

En cambio, un ejemplo aceptable de paralelo verbal, con conexión de semejanza, podríamos establecerlo entre el

mencionado texto de Judas 3 y Efesios 4:5,13.

Una penetración paciente y minuciosa en este tipo de paralelos suele ser remuneradora, pues ensancha los horizontes de un texto y lo completa. Cuando leemos en Efesios 3:6 acerca del «misterio» revelado por el Espíritu, «que los gentiles son coherederos... y copartícipes de la promesa en Cristo Jesús», podemos preguntarnos: ¿Para quién es la promesa? ¿Cuál es el contenido de esta? Un estudio cuidadoso de los paralelos nos lleva a Abraham, a quien primeramente fue hecha la promesa, y a su «simiente» (Ro. 4:13; 3:29).

Los judíos eran descendientes de Abraham, por consiguiente, para ellos era la promesa (Romanos 9:4). Los gentiles, excluidos de la «ciudadanía de Israel», eran «ajenos a los pactos de la promesa» (Efesios 2:12). Pero el Evangelio revela que son «descendientes» de Abraham todos los que creen como él (Ro. 4:16).

Esta realidad es magistralmente aclarada y demostrada cuando se descubre que la «simiente» por excelencia de Abraham es Cristo (3:16). Así que en Cristo – y sólo en Él— judíos y gentiles constituyen los auténticos descendientes del patriarca, herederos de la promesa (3:29). En cuanto a la sustancia de ésta, los paralelos nos hablan de «herencia» (Gálatas 3:18), de «justicia» de «vida» (Gálatas 3:21; Romanos. 4:17), de «Espíritu» (Gálatas 3:14; Efesios 1:13), de ser hechos «hijos» (Romanos. 9:8; Gálatas 4:22 y ss.). En resumen, la promesa incluye todas las bendiciones que Dios

nos otorga en Cristo.

Los paralelos conceptuales existen donde hay correlación de hechos o de ideas, a pesar de que éstos se expresen con diferentes palabras. Este tipo de paralelismo lo podemos ver en Hebreos 2 y Filipenses 2:2; en ambos, el tema es la humillación de Cristo. O en Romanos. 3:24-26 y Hebreos 9:11-10:14, cuyo contenido esencial es la redención por la muerte expiatoria de Cristo.

Fuente exhaustiva de paralelos verbales es una buena concordancia bíblica, preferentemente basada en las lenguas originales. Su utilización puede mostrarnos con mayor claridad el significado de un término o la diversidad de matices del mismo. No pocas veces nos ayudará a corregir ideas un tanto erróneas transmitidas por traducciones imperfectas. Tomemos como ejemplo el texto de Jeremías 1.7:9.

La versión Reina Valera lo traduce: «engañoso es el corazón más que todas las cosas, y perverso». Pero esta última palabra, en hebreo (anush), tiene el significado de incurable, insalvable, desahuciado, como se confirma en los restantes textos en que aparece (Isaías. 17:11; Jeremías. 15:18; 17:16; «el día irremediable no he anhelado», Job 34:6; «mi llaga es incurable»). Así los paralelos nos confirman que el sentido del vocablo anush no es lo perverso del corazón, sino lo irreversible –humanamente– de su condición.

Para quienes se vean impedidos de usar concordancias pueden serles de utilidad las referencias de paralelos que con

mayor o menor profusión se insertan en algunas ediciones de la Biblia en una columna central o al pie de cada página. Por regla general, esas referencias están bien seleccionadas; pero quien las use —como que use una concordancia— debe estar prevenido contra la posibilidad del inconveniente ya mencionado: que el paralelo sea sólo aparente, por la coincidencia verbal, y no haya en él equivalencia de conceptos, lo que anula su validez.

En la versión RV 77, como paralelo de Efesios 3:13 («os pido que no desmayéis a causa de mis tribulaciones»), se da Lucas 18:1 («también les refería Jesús una parábola sobre la necesidad de orar siempre y no desmayar»). ¿Existe realmente entre ambos textos una correspondencia de ideas? Por más que se insistiera en la relación entre uno y otro tipo de desmayo, lo cierto es que el sentido varía considerablemente a comparar los dos pasajes.

Sin embargo, el estudiante perspicaz de la Biblia hallará por lo general más ayuda en las ediciones con abundancia de paralelos que en aquellas en que estas referencias se reducen a un mínimo.

En el estudio de paralelos es aconsejable seguir un orden:

1. Buscarlos primeramente en el mismo libro, si los hay, o en los escritos del mismo autor. Si, por ejemplo, nos ocupamos de un texto de Pablo sobre la fe, recurriremos a los paralelos que pueden hallarse en sus cartas antes de pasar a otros en la epístola a los Hebreos o en la de Santiago, donde el enfoque conceptual puede ser diferente.

2. Dar prioridad a los que aparezcan en libros o secciones que tratan de iguales temas o de cuestiones afines. Así tendrán preferencia los paralelos de los evangelios cuando se trate de un texto de cualquiera de ellos; los de Romanos cuando se estudien textos de los de Efesios si se interpreta un pasaje de Colosenses, y los de 2 Pedro o algunos capítulos de las cartas pastorales en el caso de una porción de la epístola de Judas.

3. De modo parecido se establecerá un grado de prelación en cuanto a los paralelos que se hallen en libros o pasajes de un mismo género literario. Para un texto narrativo, normalmente serán preferibles paralelos de otras narraciones; para una porción poética, los que se hallen en los Salmos; para una de carácter profético o escatológico, los correspondientes en libros de este tipo; para porciones doctrinales, los de las grandes exposiciones de ese carácter contenidas tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento.

Sin embargo, el orden apuntado no ha de ser absoluto, y menos aún exclusivo. El texto que se halla en una narración puede tener hermosos paralelos en la literatura de carácter poético y viceversa. Recuérdese la conexión luminosa entre algunos salmos y los hechos históricos que los inspiraron. Y la relación entre lo doctrinal, lo profético, lo escatológico y lo hortatorio puede ser tan estrecha que cualquier delimitación resulte mero artificio. Por ello, podrán encontrarse paralelos correctos en textos de los más diversos géneros. Con todo, el orden señalado no debe subestimarse, pues responde a una realidad lógica.

La comparación de paralelos es especialmente útil en el caso de hechos que se narran en dos o más libros de la Biblia o en diferentes pasajes del mismo libro. En el Antiguo Testamento los hallamos en el Pentateuco; no pocos relatos de Éxodo y Números reaparecen en Deuteronomio.

Los libros de Crónicas refieren acontecimientos registrados en los de Samuel y Reyes. En el Nuevo Testamento abunda el paralelismo de este tipo en los evangelios, especialmente en los sinópticos. La conversión de Saulo aparece tres veces en los Hechos de los Apóstoles (Hechos 9:1-19; 22:6-11; 26:12-18) y los datos biográficos sobre Pablo contenidos en el mismo libro son complementados por las notas autobiográficas que aparecen en algunas de sus cartas.

En el caso de las narraciones aparece los evangelios, una «armonía» de los mismos resulta valiosa, pues de modo claro presenta en sendas columnas los textos de Mateo, Marcos, Lucas y Juan.

Aunque generalmente el cotejo de paralelos contribuye a iluminar un texto o a resolver los problemas que la interpretación de éste puede plantear, a veces en la comparación surgen problemas nuevos, ya que se observan discrepancias que, al menos de momento, más bien son causa de perplejidad. Estas dificultades no son en muchos casos difíciles de resolver si se tiene en cuenta la naturaleza de los textos bíblicos, en especial de las narraciones. Ninguno de los autores pretende ser exhaustivo. Aun tratándose de testigos oculares, cada uno escoge unos

detalles y omite otros. El cuadro que presenta suele ser parcial.

A menudo lo que uno omite es incluido en el testimonio de otro. Y cada uno destaca lo que más le ha llamado la atención o lo que considera más adecuado al propósito narrativo, sin excesiva preocupación por la rigurosidad en la mención de todos los personajes que intervienen en un acontecimiento, en la consignación de todas sus palabras o en la escrupulosa anotación de todos los pormenores. Los diversos relatos sobre la resurrección de Jesús son una ilustración de lo que decimos.

En la mayoría de los casos es factible «armonizar» las discrepancias ahondando en la investigación hasta el punto de poder formular conjeturas perfectamente plausibles. Cuando no se hallen soluciones satisfactorias, se observará que el problema en ningún caso afecta lo más mínimo a lo esencial de los pasajes comparados. Superadas las diferencias o aparentes discordancias, los paralelos seguirán enriqueciendo el estudio del texto.

LENGUAJE FIGURADO

Aunque algunos autores incluyen el estudio de las figuras de lenguaje en la hermenéutica especial, creemos que tal estudio no debe separarse demasiado del lugar que le corresponde como parte del análisis lingüístico. De otro modo, podría darse la impresión de que el método gramático-histórico sólo es aplicable a textos que admiten una interpretación rigurosamente literal. Pero ya vimos que aun

en textos cuyo contenido global demanda una interpretación de este tipo aparecen palabras o frases en sentido figurado.

Se dice que una palabra tiene sentido figurado cuando expresa una idea diferente de la de su acepción literal. En este caso se produce un cambio de significado. De ahí que a las figuras de lenguaje se les dé también el nombre de «tropos», transliteración del término griego, que significa vuelta o cambio. Este fenómeno lingüístico es universal, ya que no existe ninguna lengua en la que haya una palabra para cada concepto, material o abstracto.

Una persona de mediana cultura tiene a su disposición un caudal de veinte mil a treinta mil palabras. Pero suman cientos de miles los objetos, hechos, ideas, sentimientos y experiencias que en un momento dado ha de poder identificar o expresar mediante el lenguaje.

Aparte de su necesidad, los tropos son un medio insustituible para dar mayor viveza y elegancia de estilo —a veces incluso mayor claridad— al discurso o al texto escrito. Tratemos de sustituir el lenguaje figurado de las grandes afirmaciones de Jesús sobre sí mismo por frases equivalentes sin figuras y notemos la diferencia en la impresión que el cambio nos produce. En vez de «Yo soy la luz del mundo», «Yo soy el mediador de la verdad y la justicia que han de salvar el mundo»; o en vez de «Yo soy el pan de vida», «Yo soy lo que vosotros imprescindiblemente necesitáis para tener vida». Aun el menos dotado de sensibilidad literaria advertirá la superioridad de las frases figuradas en ambos casos.

Por otro lado, el hombre ha tenido tendencia desde tiempos remotos a establecer comparaciones y analogías, por lo que infinidad de figuras de lenguaje han surgido de modo espontáneo, natural, sin que su comprensión haya planteado la menor dificultad.

Cuando, por ejemplo, se afirma que tal o cual persona es una lumbrera, que tal o cual político es un camaleón, todos entendemos bien lo que se quiere decir. Por eso en muchos casos el lenguaje figurado sólo exige para su interpretación estar familiarizado con el usos loquendi de cada expresión, es decir, con lo que el tropo significaba en el mundo del autor. Esta información puede obtenerse, por lo general, en diccionarios o buenos comentarios.

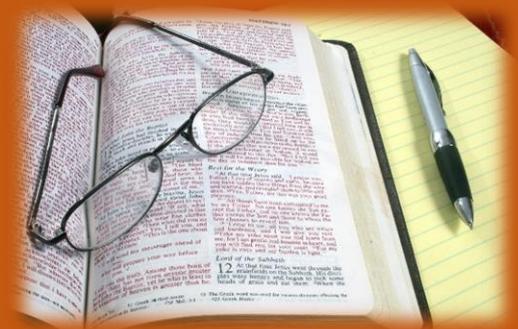
El estudio de las figuras de lenguaje apasionó ya a los antiguos griegos, entusiastas de la retórica, quienes dieron nombre a más de doscientas de tales figuras.

Los romanos prosiguieron dando atención a su estudio; pero en la Edad Media el interés por los tropos prácticamente se extinguió. Hoy el número de estos objetos de estudio es más bien limitado.

Nos ocuparemos pronto de los más importantes; pero antes será útil echar una ojeada al fondo de la tropología bíblica. Esto hará parte del curso Hermenéutica II.

Hermenéutica I

Principios de interpretación



Ministerios Didaskalia
Derechos reservados
2020